

El necesario autoanálisis para la paz en la familia

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ

Ha concluido el período vacacional para la mayoría de los cubanos y de nuevo nos reintegramos a las actividades del estudio o de trabajo con sus ajetreos y sus corre-corres, además de sus altas y bajas que por lo general, conllevan un nivel de stress considerable en una sociedad que cada día se vuelve más competitiva.

Resulta importante para la familia que hayamos tenido algún tiempo en las vacaciones para meditar y dialogar, en especial los cabezas de ésta, sobre que aspectos debemos mejorar en lo que respecta al tipo de relación que establecemos con cada uno de los integrantes de la misma, así como en la educación que estamos dando nuestros hijos, tanto en los aspectos formales como en lo que respecta a los sentimientos y valores, y para todo esto no hay nada mejor ni más efectivo que el ejemplo, la difícil coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos.

De nada nos vale una charla, por ejemplo, por muy argumentada que sea, sobre el porque no se debe comer en la sala frente al televisor, si algún día, nos ven hacer lo mismo que tratamos de corregir y cuando nos recriminan con razón, y para peor, tratamos de defendernos con nuestras justificaciones. O cuando tenemos una expresión dura, con el anciano de la casa y no somos capaces de pedir disculpas o el perdón imprescindible que ayuda a sanar heridas y junto con él, rectificar nuestra actitud hacia esa persona a la que debemos gratitud, cariño y respeto. Si no rectificamos a tiempo ¿qué esperamos en el futuro de nuestros hijos?

Sabemos que esto no es fácil, ya que conlleva el esfuerzo más difícil, una revisión honesta y crítica de nosotros mismos a la luz de lo que como cristianos se espera de nosotros y de los objetivos que nos hemos trazado para que nuestros hijos sean mejores personas, porque en primer lugar, es una lucha diaria por rectificar nuestros defectos y malos hábitos. La prisa por resolver tantas cosas que reclaman con urgencia nuestra atención no será suficiente justificación para haber dejado de lado lo

verdaderamente importante, la formación de nuestros hijos, su realización y felicidad, lo que siempre será fuente de satisfacción y de paz.

De igual manera resulta importante la revisión de las relaciones que hemos establecido con los que viven bajo nuestro mismo techo, en primer lugar, si queremos que nuestro hogar sea el lugar donde encontramos el refugio de nuestro cansancio físico, espiritual y psíquico debemos incluir esta reflexión. Para ello es necesario el diálogo ya que mediante el mismo podemos zanjar desavenencias, evitar enojosas discusiones que sólo contribuyen a enrarecer el ambiente hogareño, llegar a acuerdos que faciliten nuestra convivencia diaria y junto con el diálogo, la virtud de la tolerancia, partiendo del principio de que no somos perfectos, para ir “toreando” algunas mañas de los que cohabitan con nosotros.

Debemos analizar también el estado de las relaciones con nuestros vecinos. Existe un dicho en nuestra cultura que más o menos, dice: “¿quien es tu hermano? Tu vecino más cercano”, sentencia que recoge la sabiduría popular, ya que en un momento de apuro o una urgencia, son nuestros vecinos los que dan el primer paso para tratar de resolverla. De ahí que resulte importante mantener relaciones cordiales y respetuosas con todos ellos.

En fin, que aunque a veces nos parezca difícil, por el ajetreo o cansancio diario, debemos acostumbrarnos, a encontrar un momento, lo más frecuentemente que podamos, para autoanalizar nuestro comportamiento, para los cristianos, el imprescindible, examen de conciencia, para rectificar y enmendar nuestros desaciertos y errores, lo que nos ayudará a enderezar el camino y lograr la paz interior y exterior.

Para ello, no lo dudemos, contamos con la misericordia y la gracia del Dios vivo, que nos ama entrañablemente y que siempre está auxiliándonos porque como buen Padre sólo desea nuestro bien.